

La Odisea del Libro

por Sebastián Salazar Bondy

Tengo a la vista el presupuesto que una imprenta ha presentado a un escritor por la edición de un libro de 80 escasas páginas, en papel corriente y carátula ordinaria. Por mil ejemplares, este amigo — que ha acudido a mí desolado — tendrá que abonar la suma de 6,130 soles. El costo de cada ejemplar, el costo de simple impresión, será, si se anima a llevar a cabo la empresa, de más de seis soles. Si quiere recuperar el dinero invertido, considerando el porcentaje que deberá lógicamente conceder al librero y otros gastos marginales que dicho presupuesto no contempla, estará obligado a colocarle un precio de venta al público de 10 soles. Y sólo son —perdón por la insistencia en este punto, pero para el comprador es muy importante— 80 páginas tamaño medio oficio que en espesor no llegan al centímetro. Todo ello sin tener en cuenta que se trata de un escritor joven y peruano, lo cual quiere decir que ni aquellos lectores curiosos y audaces que buscan novedades y gustan de estar más o menos al día en su información literaria, se animarán a adquirir el costosísimo volumen.

Así están las cosas. Lo más probable es que mi amigo abra resignado un cajón de su escritorio — aunque no creo que tenga más instrumento que una mesa estrecha e incómoda — y deposite allí, con la mente puesta en la historia, en el futuro, su manuscrito. No hay editores, y los impresores —salvo raras excepciones— se han propuesto aprovechar de los autores. Lo mismo les da la guía telefónica, la memoria anual de un banco o el vademecum de cualquier empresa industrial, que una novela, un libro de poemas o una selección de ensayos filosóficos. La cultura del país a la que al fin de cuentas pertenecen, parece tenerlos sin cuidado.

El problema del libro peruano es gravísimo. Sé que mucha gente cree que la prosperidad de una nación se mide exclusivamente por la solidez de su moneda, por el volumen de su producción y por la mayor o menor cantidad de obras públicas y privadas. A riesgo de parecer loco o estúpido, insisto en la idea de que el nivel cultural es un índice importante de ese progreso. El futuro será severo con nosotros. Nos preguntará por nuestra economía, pero también nos dirá cuáles fueron las creaciones espirituales, perdurables por la mera circunstancia de ser tales, a las que estimulamos y dimos impulso con nuestro apoyo y nuestra disponibilidad. Tal como marcha en la actualidad este aspecto de nuestra vida, aquel interrogante quedará irresoluto y seremos tachados inevitablemente de materialistas.

En realidad, la culpa no es toda de los industriales de la imprenta. No sólo pesan sobre ellos, como sí lo que fabrican fueran artículos de lujo, impuestos abrumadores, sino que sufren la competencia de las imprentas oficiales, tal como no hace mucho se denunció desde las páginas de nuestro diario. Con respecto al papel —material básico para la calidad del libro— la situación también es intrincada. Está sujeta la importación de este producto a limitaciones inexplicables, régimen que se parece bastante al del monopolio. Tampoco la maquinaria gráfica y la tinta están libres de las cargas que las encarecen. Una política sabia, que a la postre redundaría en beneficio de la cultura del país, sería la de aliviar a los industriales gráficos de estas trabas, con el objeto de que ellos, a su vez, pudieran favorecer al libro reduciendo su costo y procurando su mayor circulación.

En Latinoamérica, dos países, México y la Argentina, poseen una industria editorial respetable. Otros —Chile, por ejemplo— está en camino de alcanzar dicha calidad. El libro mexicano, argentino y chileno —sin contar con el libro brasileño, de extraordinaria clase, que no llega hasta nosotros debido a los obstáculos idiomáticos— constituye espléndido vehículo de difusión del pensamiento y la inteligencia de cada uno de esos países y fuentes fundamentales de la cultura universal. Gracias a ellos, el lector local está en contacto con las corrientes más avanzadas de la ciencia y el arte de todo el mundo, y en ellos es donde nuestros estudiantes completan su formación. Sin embargo, a pesar de que algunas editoriales de aquellos países han incluido en sus colecciones trabajos de autores nacionales, el lector pe-

ruano está más en contacto con la literatura extranjera. Es normal que conozca bien, por ejemplo, el proceso de la poesía o la novela en el país del Plata y que ignore en forma absoluta ese mismo fenómeno en nuestra patria. En apariencia, el caso puede carecer de importancia, mas, mirado con ojos críticos, es testimonio de la crisis por la que atraviesa nuestra cultura, huérfana de todo calor por parte de los organismos oficiales.

Los libros peruanos de este tiempo están inéditos, reposando en las tristes carpetas de los escritores, esa es la verdad. Publicar aquí es tirar el dinero a la calle. El libro peruano, falto de todo atractivo exterior, modesto y caro al mismo tiempo, está condenado a fracasar. Imaginemos que el amigo de que hemos hablado al principio se anima a publicar el suyo haciendo de tripas corazón, es decir, firmando letras, consiguiendo créditos, empeñándose en una palabra. Supongamos que el volumen está ya en las librerías — en las cuales le ha sido aceptado sólo en consignación — y que ha merecido el honor del escaparate. ¿Lo adquirirá y leerá el público? ¿Lo comentará la crítica? ¿Será atacado o elogiado? ¿Será recomendado por unas personas a otras? ¿Merecerá, si es bueno, la reedición? O más sencillamente, ¿recuperará su autor los miles de soles invertidos en su impresión? La respuesta es no. El libro amarillecerá en las vitrinas e irá a parar, al fin, al crematorio, como algo a lo que nadie concede valor alguno.